

Reseña. El *smartphone* de Anteo: tecnología y ecología en el Antropoceno

Review. Anteo's *Smartphone*: Technology and Ecology in the Anthropocene

Henar Lanza González 

lanzam@uninorte.edu.co
Universidad del Norte, Colombia



Reseña

Recepción: 2021/07/07 - Aprobación: 2021/08/23

ISSN: 2145-8529 - ISSN: 1692-24

<https://doi.org/10.18273/revfil.v21n2-2022015>

No conocía a Adrián Almazán hasta que lo escuché en Tomar t(T)ierra, encuentro organizado por La Casa Encendida de Madrid, en enero de 2021. Tanto aquella conferencia como este libro son oportunos y esclarecedores. Adrián Almazán es físico, filósofo, miembro de Ecologistas en Acción y militante de varios colectivos libertarios y proyectos editoriales, un recorrido vital e intelectual óptimo para escribir sobre tecnología y ecología desde un punto de vista crítico, libre de seductores embrujos.

Técnica y tecnología está estructurado en cuatro capítulos, cuyos títulos están tomados de algunos de los argumentos esgrimidos por los tecnófilos y los “tecnolófilos”, concepto acuñado por el autor. Y es que todo el libro es una contraargumentación, tal y como adelanta el subtítulo. Filosofar es, al menos desde el *Fedón*, dar razones, y en plena inundación de postverdad y *greenwashing*, estas cada vez nos hacen más falta, por eso agradecemos tanto este excelente repertorio.

Información sobre el autor: española. Licenciada en Filosofía de la Universidad de Salamanca y doctora en Filosofía de la Universidad Autónoma de Madrid, España. Profesora investigadora de la Universidad del Norte, Colombia.

Libro reseñado: Almazán, A. (2021). *Técnica y tecnología. Cómo conversar con un tecnólogo*. Taugenit. 180 pp.

Forma de referenciar (APA): Lanza González, H. (2022). Reseña. El *smartphone* de Anteo: tecnología y ecología en el Antropoceno. *Revista Filosofía UIS*, 21(2), 321-325. <https://doi.org/10.18273/revfil.v21n2-2022015>

En el capítulo I, “Siempre ha habido tecnología y siempre la habrá porque somos humanos”, Adrián Almazán defiende lo contrario: que no siempre la ha habido y, por tanto, no tiene por qué haberla. Se sirve de L. Mumford para argumentar contra el determinismo técnico que sostiene que el desarrollo histórico está determinado por el desarrollo técnico y que la naturaleza del ser humano es la técnica, prejuicios epistemológicos que Adrián Almazán —a la wittgensteiniana— disuelve desde la antropología y la etología. Aquí es oportuno traer a colación la hipótesis de que el desarrollo histórico por lo que está determinado es por la historia de la Tierra, como argumenta el biólogo de Oxford Lewis Dartnell en *Orígenes*. Frente a la supuesta correspondencia entre tecnología y control, Almazán, A. (2021) constata que lo que en realidad ocurre es que “destruimos casi todo, no controlamos casi nada” (p. 36). Esta afirmación entronca con todas las críticas que se le han hecho a Francis Bacon y a otros pensadores modernos, como Hobbes, para quienes la ciencia era potencia. Algunas de esas críticas, como las de Horkheimer, Adorno, Marcuse, Merchant y Federicci, están en este libro.

El capítulo II, “No se puede luchar contra el progreso”, es, según mi criterio, el más interesante. En él, Adrián Almazán saca a la luz el origen del imaginario del progreso, tras el cual los tecnófilos ocultan los efectos nocivos de la modernidad capitalista industrial. Visibilizar lo que ha sido invisibilizado es el primer paso para reducir la injusticia. Almazán profundiza hasta las raíces y llega hasta el siglo XVI, momento en el que el nacimiento simultáneo del “capitalismo, la modernidad y la tecnología es a la vez causa y efecto de la aparición de un nuevo programa social encastrado en el imaginario del progreso, la expansión ilimitada del dominio racional” (p. 71). “La necesidad de hacer que el relato del progreso encajara con la realidad dio lugar a un ocultamiento sistemático de los crímenes de una bárbara Europa colonial, genocida y capitalista” (Almazán, 2021, pp. 63-64).

La revolución científica sobre la que Bacon levantó su epistemología trajo consigo el cambio del paradigma organicista de la Tierra como madre nutricia por el mecanicista, en el que ya no existían barreras morales para tratar el planeta como un objeto. Fue entonces cuando el extractivismo, la minería y la deforestación amputaron la Tierra para abastecer la industria y el comercio en nombre del progreso, tal y como desarrolló la química y filósofa estadounidense C. Merchant en *The Death of Nature. Women, Ecology and the Scientific Revolution* (1980). Fuera de la perspectiva ecofeminista, esta cuestión puede rastrearse en *La época de la imagen del mundo*, de M. Heidegger, que caracterizó la Edad Moderna como el tiempo en el que el mundo se convirtió en imagen, el hombre en sujeto y el método se impuso sobre aquello que se investigaba, que pasó a ser mero objeto.

El apartado II 6, “Lo que el progreso esconde”, es la cumbre del libro, tanto “1. Intramuros: la Gran Expropiación”, como “2. Extramuros: fractura metabólica y colapso ecosocial”. Según Almazán, los textos de Saint Simon, Comte, Fourier y Marx forjaron un imaginario del progreso que naturalizó el desarrollo tecnológico, la industria, el crecimiento y el trabajo.

Avanzando en el tiempo, llegamos al momento histórico en el que los procesos de expropiación ya en marcha

[...] habilidades y conocimientos en manos de la tecnociencia, condiciones y herramientas de trabajo en manos de la industria, lengua en manos de la academia, entretenimiento en manos de los medios de comunicación de masas y la industria cultural, etc.— confluyeron y se solidificaron de manera definitiva. (Almazán, 2021, p. 77)

Esto ocurrió entre 1960 y 1980, las décadas de la eclosión del consumismo y el desarrollismo. A cambio de lo que se llamó progreso, sufrimos una doble pérdida: la de la capacidad de tomar decisiones políticas de forma democrática y la del modo de vida basado en fuentes renovables, las cuales fueron sustituidas por el extractivismo que alimenta el capitalismo y el colonialismo.

Sirviéndonos de la geometría como herramienta de pensamiento, sería como cortar una circunferencia por cualquier punto, extender la línea resultante y creer que, porque tiene la misma magnitud, conserva su carácter indefinido, como si la forma no fuera un factor determinante. Pues bien, esto es lo que hizo la industrialización, por mucho que el imaginario del progreso haya querido ocultarlo: “una ruptura de la circularidad de nuestro metabolismo que ha generado fracturas metabólicas destructivas e insostenibles” (Almazán, 2021, p. 87). Dichas fracturas son el cambio de los materiales biológicos abundantes y renovables —madera, fibras vegetales, lana—, por los metales, el abandono de la energía solar por las reservas minerales y la ruptura de la continuidad del circuito de energía a través del alimento.

El capítulo III, “Las tecnologías no son buenas ni malas. Lo que importa es cómo las utilicemos”, identifica el punto de inflexión a partir del cual ya no se pudo sostener la neutralidad de la tecnología ni, por tanto, equiparar progreso técnico y moral. Ese máximo se alcanzó en 1945, al final de la II Guerra Mundial, cuando Estados Unidos lanzó las bombas atómicas sobre Japón. Entonces hubo que sustituir “progreso” por “desarrollo”, pues ni la tecnología ni el progreso pudieron ya ocultar la destrucción.

En este capítulo Adrián Almazán, en diálogo con y contra G. Simondon, toma partido explícitamente a favor de una descripción no neutral de la tecnología, lo que se consigue incluyendo sus dimensiones histórica, política y social, esto con

el fin de comprender en toda su dimensión la afirmación de que “Una sociedad capitalista no existe al margen de sus tecnologías” (Almazán, 2021, p. 114). Hasta aquí podíamos creer que la tecnología no tiene signo, pero no en adelante, mucho menos después de *La ballena y el reactor*, de Langdon Winner. Y, lo que es más difícil de digerir, hay que comprender que imaginar el final del capitalismo presupone imaginar antes el final de sus tecnologías. Por eso, III 6, “Un análisis no neutral de las tecnologías”, debería acompañar toda publicidad que nos incite a renovar nuestros dispositivos, como el prospecto que nos advierte de los efectos secundarios de un fármaco. Es de la disección del *smartphone* que hace Almazán de donde toma título esta reseña.

El capítulo IV, “Sólo la tecnología puede sacarnos del lío en el que la tecnología nos ha metido”, continúa la idea desarrollada por los autores de la Teoría Crítica acerca de cómo la tecnología se ha convertido en sinónimo de racionalidad y cómo la racionalidad tecnológica se ha extendido a todos los ámbitos, hasta el punto de hablar de mesianismo tecnológico: la tecnociencia es la nueva religión y el nuevo Dios, los expertos son sus sacerdotes y las tecnologías son los milagros. Almazán sigue la estela del microbiólogo René Dubos, quien nos advirtió del peligro de ver únicamente los problemas que la tecnología resolvía y no los que producía. Estamos tan hechizados por el brazo creador de la divinidad que no vemos su brazo destructor.

Por si todos los argumentos desplegados en el libro no fueran suficientemente persuasivos, Adrián Almazán ilustra el estado de cosas recurriendo a la efectiva alegoría del rompenieves de la película del surcoreano Bong Joon-ho y concluye:

La gran tragedia del capitalismo industrial y sus nuevas tecnologías es que, pretendiendo haber triunfado sobre la naturaleza y haberla dominado, en realidad la están llevando hacia un nuevo estado de equilibrio incompatible con la vida humana y gran parte de la vida no humana. (Almazán, 2021, p. 142)

Además de reivindicar el carácter no neutral de la tecnología y la necesidad de una ontología de la tecnología histórica, política y social, Adrián Almazán invita a mirar hacia atrás, hacia quienes conjugaban autonomía y sostenibilidad, como las comunidades campesinas y los pueblos originarios —las culturas indígenas, digo desde el Caribe—, para recuperar la circularidad del metabolismo del planeta y, con ella, el equilibrio perdido.

A los autores que ya han aparecido en diálogo con Almazán, habría que añadir a K. Polanyi, M. Mauss, L. Margulis, B. Latour, E. Gudynas o G. Monbiot, pero quienes marcan el rumbo, que no los virajes, son Ivan Illych y Cornelius Castoriadis.

Abre el libro el prólogo de Jorge Riechmann y lo cierra el epílogo de Andoni Alonso Puelles, quien hace un diagnóstico temible y certero: “el progreso se alimenta de la fe que deposita en él” (Almazán, 2021, p. 155).

Hay libros que nos abren los ojos y otros que, además, nos tienden la mano para que el *shock* del despertar no nos paralice. Este es uno. Sigamos su invitación a aprender a vivir como seres finitos y dependientes y a “avivar la llama de las resistencias que defienden la tierra y la vida” (Almazán, 2021, p. 148), la biodiversidad, la agroecología, el cooperativismo, el feminismo y el antifascismo.

Esa y no otra fue la exhortación de Sócrates a sus amigos el último día: “¡Resistid!”.

Referencias

Almazán, A. (2021). *Técnica y tecnología. Cómo conversar con un tecnólogo*. Taugenit.